

en exceso de la precisión histórica de lo recordado lo que hace que sus recuerdos no concuerden con la realidad histórica o simplemente presenten su visión de la jugada a veces erigiéndose como protagonista de unas acciones que en algunos casos fueron fruto de la participación de muchos actores. Por esto, es imprescindible seguir el hilo de las anotaciones y, también, de la introducción debida a Leo Declerck.

Del contenido de las memorias, cabe destacar los recuerdos de sus audiencias con Juan XXIII, con quien tuvo una afinidad inmediata y un reconocimiento mutuo. En ellas, se nos muestra un Papa «tradicional» (contrario por ejemplo a la liberalización de la norma del ayuno eucarístico obrada por Pío XII) que a la vez deja hacer a los padres conciliares sin renunciar a su autoridad. Igualmente, sus encuentros con Pablo VI, con el cual compartió ideas al inicio del Concilio para posteriormente irse separando de él –ya en el Concilio–, hasta llegar al conocido enfrentamiento a raíz de algunos actos magisteriales de Pablo VI, finalmente

reconciliados gracias a los buenos oficios de Chiara Lubich.

Las opiniones de Suenens sobre las diversas comisiones en las que participó (fue el único padre conciliar, junto con Döpfner, que siempre estuvo en algún órgano directivo del Concilio, incluso antes de su inicio) son aceradas, partidistas y a veces injustas pero reflejan un sentir compartido por no pocos participantes. Su participación en el grupo de padres moderadores del Concilio, debida a la iniciativa de Pablo VI, ocupa una parte significativa de sus memorias pues la indefinición de sus funciones junto con las maniobras de los propios moderadores y del Secretario del Concilio por otra parte, fue motivo de preocupación y de tensión en sus relaciones con el Papa.

En definitiva, unas memorias de uno de los principales «agitadores» del Concilio que, sin lugar a dudas, con su capacidad de gestión (más que con su teología) influyó decisivamente en el programa, el orden del día y el «plan» del Concilio.

Santiago CASAS
Universidad de Navarra

Mauro VELATI

Separati ma fratelli. Gli osservatori non cattolici al Vaticano II (1962-1965)

Il Mulino, Bologna 2014, 743 pp.

Mauro Velati, uno de los especialistas en el último concilio, nos entrega un nuevo libro que guarda una cierta continuidad con su anterior obra *Dialogo e rinnovamento. Verballi e testi del Segretariato per l'unità dei cristiani nella preparazione del Concilio Vaticano II* (reseñada en AHIg, 12 [2012], p. 610).

En esta ocasión, el autor reconstruye la participación de los observadores no

católicos en el Concilio. Esta novedad, una más del Vaticano II, querida tanto por Juan XXIII como por el Secretariado para la Unidad, posibilitó el envío al Concilio de numerosos representantes de las comunidades ortodoxas, anglicana, protestantes (en sus variadas denominaciones), entre iglesias, comunidades y federaciones. Además, como es sabido, el Secretariado para la Unidad contó con unos «huéspedes» entre

los que destacan afamados teólogos y pastores protestantes que tenían ya una cierta afinidad con el mundo católico. Su número fue creciendo y en la cuarta sesión los Observadores delegados eran 103 (16 de ellos huéspedes del Secretariado) representando a 29 Iglesias o Comunidades.

La investigación de Velati le ha llevado peregrinar por medio mundo buscando en los archivos de estas iglesias y comunidades así como en los acervos personales de sus representantes en el Concilio. De la enorme mole de documentación ha podido extraer las relaciones que los observadores mandaban periódicamente a los representantes de sus iglesias de los cuales se extraen las opiniones críticas y positivas hacía los trabajos conciliares así como su implicación en esas tareas. Para Velati, algunos de estos observadores y huéspedes pueden ser designados con todo derecho como miembros del Concilio ya que, a pesar de no poder intervenir ni en las congregaciones generales ni en las comisiones, no dejaron de transmitir sus opiniones tanto al Secretariado como a los padres conciliares de su conocimiento.

De esta manera, el autor establece algunas figuras señeras de este influjo (que va más allá del decreto sobre el ecumenismo) como el representante del Patriarcado de Moscú (Vitali Borojov) y el representante del patriarca Athenagoras (André Scrima); como los teólogos luteranos Oscar Cullman, Hébert Roux, Edmund Schlink o Kristén E. Skydsgaard, junto con el an-

glicano Bernard Pawley; o los americanos George Lindbeck y José Miguez Bonino. Por supuesto, los dos representantes del Consejo Ecuménico de las Iglesias, Nikos Nissiotis y Lukas Vischer, el gran animador del grupo de observadores. Ciertamente su influencia fue más de freno, tratando de evitar el surgimiento de nuevos obstáculos para la unión, que de propuesta de nuevos enunciados. Aun así, su mano se puede rastrear tanto en el decreto del ecumenismo como en el de la revelación o el de la libertad religiosa.

Para la crónica española, destacar las dos reuniones entre algunos obispos españoles (capitaneados por Morcillo) y observadores delegados (noviembre 1962), por una parte, y con representantes del Consejo Mundial de las Iglesias (octubre de 1963), por otra parte, para tratar de la libertad religiosa en España y del estatuto de los protestantes. A partir de ese momento se producirá la entrada en escena de Carrillo de Albornoz, ex jesuita pasado al protestantismo, que será uno de los hombres clave en la relaciones entre católicos y protestantes en España.

En resumen, otro libro sólido y riguroso que viene a llenar una laguna y que proporciona una documentación que enriquece la visión que hasta ahora teníamos de los Observadores delegados y de los Huéspedes del Secretariado para la Unidad de los Cristianos.

Santiago CASAS
Universidad de Navarra